

INTRODUCCIÓN

DURANTE EL VERANO DEL AÑO 1992, se realizaron una serie de catas de sondeo arqueológico en los jardines centrales de la Plaza de Oriente, así como en los que se encuentran en los altos del Rebeque de la calle de Bailén¹. El motivo no era otro que el de documentar qué restos permanecían en el subsuelo y en qué estado se encontraban bajo este lugar emblemático de nuestra ciudad. Fue el Ayuntamiento de Madrid el promotor de dicha iniciativa, puesto que hacía tiempo que acariciaba la idea de remodelar la Plaza de Oriente y su entorno, y contaba para ello con un proyecto básico realizado por el arquitecto Miguel de Oriol, el cual debía adaptarse a los posibles restos que allí se descubriesen, o por el contrario debería aparcar cualquier posibilidad de reforma y conformarse con una remodelación superficial de la zona.

A tenor de los resultados obtenidos en dichas prospecciones, la Comunidad de Madrid, que es quien tiene la potestad en materia de Patrimonio, comprendió la importancia que a nivel científico se derivaba de los estudios arqueológicos que allí se realizasen. Por este motivo, exigió que en caso de que el Ayuntamiento de Madrid llevase a buen puerto su proyecto, debía ser absolutamente riguroso y encargar la excavación arqueológica de toda la superficie que fuese a ser intervenida, entendiéndose además que la importancia del yacimiento radicaba en la gran cantidad de material que podía aparecer, así como la posibilidad de recuperar la planimetría de los edificios que allí fueron ubicados, y en general la evolución urbanística que sufrió esta zona. Pero sobre todo, se esperaba comprobar el cierre de ambas fortificaciones medievales, la islámica y la cristiana, y con ello aclarar las diferentes hipótesis que desde siempre los investigadores habían ido elaborando.

De la calidad constructiva de los restos que se hallaron, no hubo nunca disparidad de criterios entre los técnicos arqueólogos que llevaron a cabo la excavación y los de la propia Comunidad, de tal modo que no se iniciaron en ningún momento las gestiones necesarias para incoar expediente que declarase Bien de Interés Cultural a esta zona de la ciudad, lo cual habría impedido desde ese mismo momento al Ayuntamiento su reforma urbanística. Siguiendo ese mismo criterio, la Comunidad de Madrid autorizó las labores de excavación que era necesario realizar de manera previa a las obras municipales.

De este modo, en el otoño de 1994 comenzaron las excavaciones arqueológicas, bajo la dirección de Manuel Retuerce y Esther Andreu, de la zona que

¹ Los directores de estos sondeos fueron Sánchez Meseguer y Retuerce, participando en el equipo de dirección Martínez Lillo, Pérez Vicente y Esther Andreu.

comprendían los viales en herradura de la Plaza de Oriente. Esta zona, sería la ocupada por el aparcamiento subterráneo y, a medida que las labores de excavación iban liberando zonas, fue comenzándose la obra de dicho aparcamiento. Sin embargo, puesto que para ello no era necesario cortar el tráfico rodado de una arteria tan importante, la simultaneidad entre obra civil y excavación arqueológica no dificultaba las labores de investigación. Esta primera fase terminó en el verano de 1995, pudiéndose, a partir de ese momento, realizar de una manera global las obras de construcción del aparcamiento.

Ese mismo otoño comenzaron las tareas de excavación de la segunda fase, que afectaba a la calle de Bailén. Pero a partir de este momento la simultaneidad de nuestros trabajos con los de la obra, por la necesidad de no cerrar el paso al tráfico, comenzaron a hacer de nuestra tarea un ejercicio de orden y coordinación que permitiese ir estudiando toda la superficie dividiéndola en áreas. De manera discontinua y espaciadas cronológicamente se fueron excavando y liberando estas zonas.

La tercera fase de nuestros trabajos, comenzó en el otoño de 1996 y finalizó en mayo de 1997, en esta ocasión, el equipo arqueológico era dirigido por Antonio Malalana y Esther Andreu. Con estos últimos meses de trabajo acababan las labores de excavación, y por tanto la recogida de datos «in situ». A partir de ese momento, comenzó el proceso de ordenación y elaboración de los resultados que los diferentes especialistas van obteniendo. Algunos de estos estudios, por su laboriosidad y complejidad, distan mucho de haberse finalizado, y como si de un puzzle se tratase, hasta que no se encajen todas las piezas no se podrá hablar de resultados definitivos ni de la finalización de las investigaciones.

Por otro lado, cada uno de estos trabajos abren paso a su vez a nuevas labores de investigación en diferentes campos, tal es el caso de la información que se obtenga del estudio de los enterramientos de la necrópolis de San Gil, de la cual los arqueólogos, como historiadores, obtendremos unos datos que nos serán útiles con respecto al sexo, edad o costumbres de enterramiento, mientras que para los antropólogos y médicos forenses, los datos que les resultan interesantes son aquellos que les permiten estudiar las posibles patologías y su evolución histórica. Del mismo modo ocurre con los restos de animales (huesos) y plantas (semillas y pólenes) obtenidos en la excavación, cuyo análisis a cargo de arqueólogos y biólogos tendrá un enfoque completamente distinto, aunque en algunos aspectos complementario. Asimismo, la interpretación de un fragmento de cerámica o vidrio que pueda hacer un arqueólogo, será muy distinta que la emitida por un químico al analizar la composición de su pasta.

Este libro, por tanto, no intenta presentar conclusiones definitivas, sino muy al contrario recopilar una serie de reflexiones, que a estas alturas de la investigación, algunos de los especialistas del equipo han querido plasmar como adelanto de planteamientos susceptibles de debate.

Desde aquí, quisiera dar las gracias a todas las personas que desde sus diferentes especialidades y a lo largo de estos años han colaborado en este proyecto, y por tanto han hecho posible la realización de la mayor excavación que dentro de un ámbito urbano se ha llevado a cabo en nuestro país.

Quiero finalmente agradecer su participación a todos aquellos arqueólogos, historiadores, arquitectos y amigos en general, que sin pertenecer al equipo técnico nos han prestado su colaboración, conocimientos y sobre todo cariño a nuestro proyecto. Especialmente quisiera mencionar a Pilar Mena Muñoz, técnico arqueólogo de la Comunidad de Madrid, quien desde el primer momento ha compartido con nosotros preocupaciones y sinsabores, y cuyas aportaciones siempre nos han sido de gran ayuda; asimismo, a Manuel Montero Vallejo, que ha seguido nuestros trabajos muy de cerca alentándonos en todo momento, y por supuesto a Enrique de la Carrera, director del Museo Arqueológico Municipal, quien entre otras cosas, nos ha cedido sus instalaciones para poder trabajar con nuestros materiales de la manera más óptima; finalmente al miembro de nuestro equipo, Santiago Palacios, quien ha trabajado concienzudamente en el montaje de la exposición, realizada en el Museo de la Ciudad, y en la elaboración de este volumen.

También, quisiera hacer constar un agradecimiento especial al promotor de nuestros trabajos, el Ayuntamiento de Madrid, por facilitarnos todos los medios que hemos necesitado, y sobre todo por comprender y respetar nuestros trabajos de investigación arqueológica y no apremiarnos nunca.

Esther Andreu Mediero